



BREVES MAS JUGOSAS CONSIDERACIONES SOBRE GEOGRAFIA HUMANA Y FISICA

**Historia de los grandes descubrimientos. - Tierra, hielo, agua.
Accidentes que nada tienen que ver con catástrofes. - ¿Existe
el «Yeti»? - Relación de las principales cimas del mundo.**

Han debido pasar cerca de cuatro mil años para que nuestra tierra fuera hollada en sus tres dimensiones —longitud, latitud y altitud— y ello es así, ya que considérase como primer descubrimiento, allá por el siglo XX antes de J. C., el realizado por los marinos cretenses del Estrecho de Gibraltar.

Fueron, sucesivamente, marinos tartesos y fenicios y más tarde los cartagineses, griegos y romanos quienes en la antigüedad, con sus naves de vela y remo, descubrieron a lo largo de siete siglos, el Atlántico, Islas Británicas, India, Indochina, etc.

En la Edad Media los escandinavos alcanzaron Groenlandia y Terranova, en tanto que Marco Polo llegaba hasta China, siendo el portugués Bartolomé Díaz quien cierra este ciclo con su descubrimiento, en 1488, del Cabo de Buena Esperanza.

La Edad Moderna, que comienza con el feliz arribo de Colón a América en 1492, desata una intensa fiebre por alcanzar los puntos más lejanos de nuestro globo y los Vasco de Gama, Vespucio, Balboa, Magallanes, Elcano, Cortés, Pizarro, Cartier, Frobisher, Champlain, Bering, Cook, Mackenzie, etc., unas veces como descubridores y adelantados y otras como conquistadores, logran para sus reyes extensos dominios que fueron base de dilatados imperios.

Y ya en la Edad Contemporánea, esto es, a partir del siglo XIX, los objetivos terrestres son alcanzados en su totalidad, correspondiendo a los ingleses, principalmente, la consecución de la mayor parte de ellos.

Sin embargo, hállanse ausentes de aquellos descubrimientos que marcan un hito en la historia contemporánea: la conquista de los Polos —Norte y Sur— que fueron logrados por Peary, de nacionalidad estadounidense, y Amundsen, noruego, en 1909 y 1911, respectivamente.

Y es llegando a 1953, cuando en una expedición inglesa al Himalaya, se corona la ci-

ma del Everest, punto más elevado de la tierra, si bien, como es ya sabido, son Hillary, neozelandés, y Ten-Sing, nepalés, quienes lo dominan en plan de triunfadores. Y es así, como señalamos al principio que a través de las Edades y a lo largo de cuarenta siglos, tanto la longitud y latitud como la altitud de nuestro globo son alcanzados totalmente.

Que tal cometido fue una tarea de héroes, muchas veces de titanes, está fuera de duda, si tenemos presente que la superficie de nuestra esfera terrestre tiene, nada más y nada menos, que 510.000.000 de kilómetros cuadrados, de los cuales, la tierra emergida alcanza sólo 133,8 millones, siendo de 15 millones la extensión de hielo permanente y ascendiendo a 361,2 millones el agua.

Que la masa líquida es ampliamente superior que la tierra es indudable, como puede apreciarse, máxime cuando el Océano Pacífico, el mayor del mundo, alcanza, él solito, una superficie de 165,3 millones de kilómetros cuadrados. Y en cuanto a su profundidad si bien su media es de 4.282 metros, descendiendo, en la fosa de Challenger, cerca de la isla de Guam, a 10.865 metros, esto es, cerca de dos mil metros más que la cúspide del Everest, altitud máxima de la tierra emergida.

Y si al Pacífico —que así lo bautizó Balboa en su descubrimiento allá en 1514— añadimos las inmensas extensiones de océanos y mares: Atlántico, Indico, Glaciales Ártico y Antártico, Caribe, Mediterráneo, Báltico, Rojo...

¿Y los cursos fluviales, que también cuentan? Porque el Nilo-Kagera, considerado como el mayor del mundo mide 6.677 kilómetros de longitud, habiendo dejado pequeño al Mississipi-Missouri, con sus 6.262 kilómetros, si bien los brasileños discuten la supremacía del río africano, pues aseguran que su Amazonas-Ucayalí tiene un curso de 7.200 kilómetros; en este caso, no sólo sería el de mayor longitud, sino también, y esto es indiscutible, el de mayor cuenca fluvial del mundo, puesto que su caudal medio es de ¡100.000 metros cúbicos por segundo!

Para establecer un paralelo, señalaremos, sin mencionar los grandes Volga, Obi, Yantze, Congo, Mackenzie, etc., que nuestro Tajo, tiene un curso de 1.006 kilómetros y su caudal asciende solamente a 500 metros cúbicos por segundo.

Que los grandes lagos o mares interiores son también dignos de consideración es obvio, si tenemos presente que el Caspio, con sus 438.000 kilómetros cuadrados es tan extenso como la nación sueca. Y los Ladoga, Onega, Victoria, Superior, Hurón, etc., si bien más reducidos, también cuentan.

Ya señalamos anteriormente que la tierra emergida cuenta con una superficie de 133,8 millones de kilómetros cuadrados, mas, desgraciadamente no todas sus zonas son aptas para la supervivencia del hombre, influyendo diversos factores, tales como el climático, alimenticio, etc.

Así, tenemos que la tundra con sus 8 millones de kilómetros cuadrados, los bosques y las sabanas con 78,4, la estepa con 30,1 y finalmente el desierto con 17,3 completan la cifra dada.

Afortunadamente, en los bosques, sabanas y estepas una gran parte de la primitiva vegetación natural ha ido siendo sustituida paulatinamente por un cultivo racional y convertida en prados y productivos campos.

La tundra, por el contrario, casi no cuenta, más los desiertos, estas grandes superficies arenosas, desprovistas de agua y vegetación, representan un 13 por 100 del terreno totalmente improductivo. En la actualidad, sin embargo, parece que ricos yacimientos petrolíferos, metálicos, etc., han revalorizado extraordinariamente tales áreas de terreno, hasta ahora casi olvidadas.

Prueba fehaciente de ello es el Sáhara, posesión francesa del Africa septentrional que tiene una extensión de 7.500.000 kilómetros cuadrados, que ha producido diversos rozamientos a los galos con aquellos pueblos limítrofes que hasta ahora casi ignoraron su existencia.

Es curioso hacer constar que dentro del territorio de los Estados Unidos existen varios desiertos, siendo el principal de ellos el de Colorado, con 78.000 kilómetros cuadrados.

En Europa, por el contrario, no existe desierto alguno, distribuyéndose los más extensos —Líbico, Árabe, Gobi, Kara Kum, etc.— entre los continentes asiático y africano.

Resulta interesante apreciar que en nuestro continente los accidentes geográficos, cualquiera que sea su carácter, revisten relativa importancia.

Tal es el caso, por ejemplo, de los volcanes. En Europa, los Etna, Vesubio y Stromboli, en Italia, y Hekla, en Islandia, salvo el primero que tiene 3.274 metros de altitud, los restantes apenas merecen la pena. Si los comparamos con los gigantes Chimborazo, Cotopaxi y Citlatepelt, de América; los Kliuchev, Sipan, Fujiyama, etc., asiáticos; Ras Dashan, Camerún, etc., en Africa; Maunakea y Mauna Loa en las islas Haway, y Erebus y Terror en la Antártida, algunos de ellos, tal como el volcán ecuatoriano, de 6.310 metros de altura.

Mas aquí, no cuentan ni la altitud ni las dimensiones de su cráter porque si en un momento dado la erupción se produce las consecuencias dependerían de su violencia. La historia nos ha dado a conocer la terrible tragedia provocada por los ríos de lava que el Vesubio deslizó por sus laderas sobre la antigua Pompeya.

Sin embargo, esta catástrofe no tiene paralelo con la producida por el gran seísmo que asoló Shensi (China) el 24 de enero de 1556, que originó la muerte de ochocientas mil personas.

Estos movimientos sísmicos provocan verdaderos cataclismos y aún no hace mucho tiempo el sufrido por la cordillera del Himalaya fue espantoso, ya que montañas enteras resultaron convulsionadas. Afortunadamente, el lance se dio en lugares inhabitados.

Y a propósito. Se ha especulado tanto sobre la existencia del «yeti», conocido vulgarmente por «el abominable hombre de las nieves», aventurando juicios más o menos temerarios... que ahí va uno más.

Nosotros, a la vista de las declaraciones de indígenas y montañistas consideramos que sí, que existe. ¿Fundamento? Creemos que en otro tiempo —¿cien, quinientos, mil años ha?— habitados los altos valles himaláyicos, un seísmo parecido al que tuvo lugar recientemente provocó la desaparición de todo vestigio civilizado. Mas, ¿no pudo ser que la convulsión diera origen a la formación de grandes cavernas en las que algunas personas, milagrosamente ilesas, continuaran viviendo, aun cuando sin contacto con el exterior? ¿Y no pudo ocurrir, igualmente, que la dureza de su existencia ruin provocara una lenta pero constante variación de su constitución antropológica? Así, tenemos que al cabo de los años, muchos años, indudablemente, con una alimentación asaz deficiente y muy someramente abrigados, fue desapareciendo paulatinamente todo vestigio de civilización. Y aclimatándose al nuevo modo de vida, cuando consiguieron volver al exterior, al aire libre y al sol, con sus características infrahumanas...

Y ya dentro del tema orográfico, como finalización de este trabajo de divulgación y como dato complementario, consideramos oportuno reflejar a continuación, aun cuando a título simplemente consultivo, pues siempre no se tiene a mano una enciclopedia o atlas, una relación de las principales cimas mundiales con su altimetría y situación en los diversos continentes.